

LOS NEGROS PÁJAROS DEL ADIÓS

Obra en un acto

Personajes

GILBERTO
ISABELLE
ANGÉLICA
LAURA

Las noticias hablaban de una casa cerca de la playa, una casa decorada con muy buen gusto. Algunos hicieron énfasis en la gran cantidad de libros sobre pintura: Braque, Gris, Matisse, Modigliani, Renoir, Rousseau, Toulouse, Degas, en fin, libros y más libros de pintores franceses la mayoría. Otros hablaron de la colección de discos de ópera: Bellini, Verdi, Mozart, Wagner, Puccini. También hubo quienes describieron con lujo de detalles la sala; toda en tonos verdes claros y grises, algún objeto de color café y los marcos de los cuadros de color madera. Plantas, bancas de madera, mesa, tapete en blancos y café muy claro, una mecedora, y hubo una persona que destacó como elemento principal la presencia de flores frescas. Casi todos los diarios que se ocuparon del caso subrayaron con insistencia el encanto del joven y su edad, 21 años, aunque muchos testigos le calculaban los insolentes 17 años. La edad de Isabelle no se precisaba: se hablaba de 35 ó 37 años y, algunos, hasta los 40 años. Destacaron dos testigos muy jóvenes: Angélica y Laura. Todo fue contado al mismo tiempo, nunca hubo una lógica temporal que organizara los acontecimientos y que les diera un orden cronológico fácil de seguir.

Nadie sabe cómo empezó, todos hablaron a destiempo, en desorden, como por desahogo y desarticuladamente. Al parecer, personajes que conviven, rara vez estuvieron cerca. Así, pues, todos estarán siempre presentes y nunca saldrán de escena. Las banquitas, harán el autobús; el desayunador, la cafetería; el gran cartel que anuncia la obra de teatro, "El árbol" situará el parque. Todo este maremágnum podrá resumirse, quizá, de la siguiente manera de acuerdo con lo que me tocó escuchar.

El escenario de los acontecimientos abre el telón al tiempo y se escucha el aria: "Casta Diva" de la ópera Norma, de Bellini. Gilberto e Isabelle tienen una larga escena de amor, mientras se escucha gran parte del aria. Ella le quita la camisa y le besa el cuerpo, él le sube la falda y le desabotona la blusa. Todo es de lo más sensual y amoroso posible. Angélica en la cafetería toma en silencio un café y Laura limpia unas tazas, al fondo sobre un aparador que podría representar la cocina de la cafetería. Gilberto e Isabelle se besan; de pronto Isabelle avienta con furia a Gilberto quien cae al suelo enojado.

GILBERTO: ¡Ay buey!

ISABELLE: ¡Estúpido, ya te dije que no me gusta que me muerdas los labios!

GILBERTO: ¡Dímelo, pero no me avientes así!

ISABELLE: ¡Qué te voy a decir, si ya sabes que me lastimas, idiota!

GILBERTO: Así beso yo; si no quieres no te beso.
ISABELLE: Me gusta que me beses, pero así no.
GILBERTO: Es que te quiero comer, si te pudiera comer, te comería.
ISABELLE: Pues por mí te puedes quedar con hambre.
GILBERTO: ¡Sobres! *(Empieza a vestirse en silencio. Pausa larga.)*
ISABELLE: ¿Qué onda? *(Pausa.)* ¿Te enojaste? *(Pausa.)*
GILBERTO: *(Serio.)* No, no hay pedo.
ISABELLE: ¡Ya! No seas niño, Gilberto; eres un hombre maduro. Ven.
GILBERTO: No, no se hace, ya me voy.
ISABELLE: ¿A dónde vas? Tenemos que ir hoy a cenar a casa de Alberto.
GILBERTO: *(Quitado de la pena.)* No voy a ir.
ISABELLE: *(Más que sorprendida.)* ¿Cómo que no vas a ir? *(Pausa.)* Habíamos acordado que este tipo de niñerías estaban superadas. *(Pausa.)* Quedamos de estar a las ocho. *(Pausa.)* Es un compromiso, y los compromisos, o no sé, yo no comprendo aquí en México cómo entienden los compromisos; la gente no es puntual, pero los compromisos son ineludibles, por lo menos en Francia, no sé la gente...
GILBERTO: No se hace, Isabelle, ahí la vemos.
ISABELLE: Gilberto entiende, yo no puedo explicar tu ausencia así nomás porque sí... va a ir gente muy importante, maestros de la Universidad. *(Pausa.)* Ellos te pueden explicar qué clase de pájaros...
GILBERTO: *(Infantil.)* No. *(Pausa.)* Adiós.
ISABELLE: *(Frenética.)* No me puedes hacer esto Gilberto. *(Se tira de panza sobre el sofá.)*

SECUENCIA SEGUNDA: EN LA CAFETERÍA

GILBERTO: *(A Angélica.)* Está mal hecho ¿no?
ANGÉLICA: Pues sí, ¿por qué lo haces?
GILBERTO: Quién sabe qué loquera, no sé qué me pasa, me dan ganas de una cosa y luego me dan ganas de otra distinta y cambio; soy como antisocial y a veces me divierte estar entre la gente, qué loquera, ¿no? Si yo estuviera allí estudiando y en ese momento ella llegara y me dijera ¿qué ondas?, ¿vamos a una fiesta? Pues a lo mejor sí iba, “sobres”, o a lo mejor le diría que estoy muy clavado con el libro. Lo que me caga es la idea de que porque es compromiso hay que ir a güevo, “que no sé, que allá en Francia no sé cuánto”. ¡Pero esta chava está en México! *(Pausa.)* A mí no me gusta hacer cosas por obligación, nada; me gusta la libertad de obrar en todo. *(Enciende un cigarro y fuma.)*
ANGÉLICA: *(Al público.)* No creo poder tener una idea clara de él, ¿qué puedo decir? No era puntual, no era constante, a veces era muy gentil, me encantaba su sonrisa, sé que amaba a Isabelle porque él mismo me lo dijo. *(Pausa. Apagada.)* Después de lo que pasó me molesta hablar de ellos, no, no me molesta; me angustia, me... no sé, me horroriza esta especie de crímenes pasionales, no dejan nada sano a los que quedamos envueltos. *(Pausa. Viva.)* Recuerdo que hace muchos años una vez que tomábamos

juntos el café me dijo que él no sabía querer sanamente, que amaba con enfermedad, como que perdía la salud cuando se enamoraba.

GILBERTO: *(A Angélica.)* ¿Eso es la pasión, no?

ANGÉLICA: Pues... supongo que... sí.

GILBERTO: Y ¿es mala?

ANGÉLICA: *(Despreocupada.)* ¡Ay, mira, no sé! Dicen que todos los excesos son malos; eso dicen los adultos, pero ni tú ni yo confiamos en ellos.

GILBERTO: ¿En los excesos o en los adultos?

ANGÉLICA: *(Riéndose.)* ¡Pendejo! *(Como recalcando.)* En los adultos.

GILBERTO: *(Apagado.)* Los padres de la mierda.

ANGÉLICA: 'i.

GILBERTO: ¡Qué rollo! ¡Qué pendejada! Todo está contaminado. ¿Te has puesto a pensar qué mundo nos espera? La atmósfera, la naturaleza, el mar; aquellas olas que revientan allá, mira; ya no están limpias. Yo me he plantado en el reventadero y hay espuma blanca y salada, arena, pescados muertos, aguamalas, pedazos de conchas, mierda y luz. ¡Qué pedo! *(Pausa.)* Ni yo mismo me entiendo. *(Pausa.)* Eso es la pasión, ¿no?

ANGÉLICA: *(Al público.)* Se conocían desde hacía cinco meses y al mes Gilberto se fue a vivir con Isabelle. Ella le tenía prohibido que llevara a nadie a la casa, a nadie. Una vez yo fui porque él le había comprado a Isabelle una bicicleta para que anduviera en la playa y un día antes de su cumpleaños conseguí un carro para llevar la dichosa bicicleta y ella nos encontró en la casa, ¡qué pedo se armó! ¡Putá, qué pedo!

SECUENCIA TERCERA: EN EL PARQUE

Se escucha el aria "Casta Diva". Gilberto está sentado en una banca leyendo un libro. El viento corre con fuerza. Este viento viene de los ventiladores que hay en la casa, algunos testigos hablaron bastante de la cantidad de ventiladores que había y que quizá al final de la obra se tengan que accionar todos. Isabelle se sienta en la banca en la que se halla Gilberto sin que ninguno de los dos repare notablemente el uno en el otro. Ella revisa unos papeles de la escuela, quizá pruebas de sus alumnos. A veces el viento le vuela algunas hojas y ella misma las recoge. De cuando en cuando, los pájaros, que están en el árbol bajo el cual se hallan ellos los empiezan a manchar con sus excrementos, siempre se limpian y voltean como para insultar al pájaro. Como esta situación se repite cada vez con mayor frecuencia de pronto se descubren y se sonrían, ella opta al fin por tomar la palabra.

ISABELLE: Esta placita es muy bella, salvo el problema de los pájaros.

GILBERTO: *(Sonriente.)* Son unos cagones.

ISABELLE: ¿Cabrones?

GILBERTO: También.

ISABELLE: *(Finalmente comprende.)* ¡Ah! Esa palabra que usted ha dicho antes es una palabra muy fea.

GILBERTO: *(Encantador.)* La que usted ha dicho también.

ISABELLE: ¿Cabrón, es fea palabra?

GILBERTO: Mi mamá no soportaría escucharla. *(Como para sí.)* Bueno, mi mamá en realidad no soporta escuchar muchas cosas aunque no sean palabras feas.

ISABELLE: ¿Es usted de aquí de Mazatlán?

GILBERTO: No, soy del norte del Estado, de una ciudad que se llama Los Mochis, que feo nombre, ¿verdad? *(Isabelle hace una mueca como dando a entender que no le importa.)* Aquí estudio, estudio ciencias del mar, por si iba a preguntármelo; en la UAS, en la Universidad.

ISABELLE: *(Concluyendo.)* Por si se lo iba a preguntar también. *(Él sonríe.)* Es curioso, yo también estoy en la Universidad; trabajo, soy maestra; por si me lo iba a preguntar. *(Los dos ríen.)*

GILBERTO: *(Al ver que los pájaros siguen ensuciando.)* Esta plaza es mi plaza favorita, es la mejor de la ciudad, y esta es mi banca preferida y como vengo a leer aquí siempre por las tardes y conozco el problema *(de los pájaros,)* traigo siempre un paraguas, si usted quiere lo abro y nos metemos allí; la gente que pasa me mira como bicho raro pero a mí me vale madre, hoy nos mirarían a los dos.

ISABELLE: Pues yo pienso que es una brillante idea.

GILBERTO: *(Abre el paraguas y se meten los dos bajo él.)* ¿Usted de dónde es?

ISABELLE: Soy francesa, de París.

GILBERTO: *(Con asombro infantil.)* ¿Y habla francés?

ISABELLE: Naturalmente, ¿usted lo habla?

GILBERTO: Oui.

ISABELLE: Vraiment vous parlez francais?

GILBERTO: Oui.

ISABELLE: Tiens! C'est bizarre de trouver comme cá quelqu' un sur une jolie place á Mazatlán; un type si beau, qui parle francais! On croirait pas, hein!

GILBERTO: Oui.

ISABELLE: Encore! C'est pas vrai! C'est le seul mot que vous connaissez en francais ou quoi?

GILBERTO: Oui, oui.

ISABELLE: Bon C'est pas drôle ce genre de plaisanteries! Digo que no son muy amables esta clase de bromas.

GILBERTO: Oui.

ISABELLE: *(Fastidiada.)* Oh, merde! Quel idiot! *(Se pone de pie.)* Creo que no es agradable estar aquí, voy a corregir mis trabajos a otro sitio.

GILBERTO: *(Antes de que se vaya.)* Allá, tres cuadras abajo y luego a la izquierda, frente al mercado viejo hay una palmera extraña que por la tarde se llena completamente de pájaros negros que vienen del mar, es realmente impresionante: toda llena de pájaros negros, desde el tronco hasta las últimas ramas y por entre ellos se escurren los dátiles. *(Isabelle inicia su salida.)* ¡No deje de verla, vale la pena!

ISABELLE: Gracias. *(Vuelve a mirarlo.)*

GILBERTO: Me llamo Gilberto.

ISABELLE: Yo me llamo Isabelle.

GILBERTO: Oui. *(Se dan la mano y se sonríen. Ella se aleja y él se queda leyendo con el paraguas abierto.)*

SECUENCIA CUARTA: EN LA CAFETERÍA

LAURA: *(Al público.)* Yo no sé nada, nunca me fijo en los clientes; casi me corren por eso, bueno ya me han corrido unas ocho veces, pero con la miseria de sueldo que pagan nadie quiere trabajar y me vuelven a llamar. “Ay, Laura, espero que ya haigas agarrado un poco más de sentido”, me dice Doñita y me trae a trabajar otra vez. Aquí lo que viene al café es puro mazatleco pobre, estudiantes y artistas, ah, eso sí, muchos artistas de tiatro, escritores, pintores; allí conocí a Carmen Alicia, a Rosa María, a la Camacho, a Hiram y la Pierachini, a López Sáenz, conocí también a los marqueses de las olas altas y al mago de los conejitos. Por aquí nunca se para un gringo ni siquiera para preguntar dónde está la playa para decirle “enfrente, bruto”. ¡Ay! de todas maneras los gringos que vienen a Mazatlán son puros patanes y los meseros los endiosan, yo no, que “washagare, que washa washá”, a mí háblame en cristiano les digo y me quito. Los dueños me dicen que me llevo en la chacota con los clientes y que muchos se me van sin pagar y ahora que me cobran a mí las cuentas menos me alcanza lo que gano. “Ay, Laura que limpia, sacude, barre, ferea, corre, sirve, vuela” y ahí me traen todo el día, con el perdón de ustedes, para arriba y para abajo como calzón de puta. Ay, no, yo no sé nada, nunca me fijo en las pláticas; me cuentan un chiste y luego que lo quiero contar nomás me acuerdo de la risa que me dio. *(Llega Isabelle al café, trae la cabeza cubierta con una pañoleta, trae lentes oscuros, se le ve muy angustiada.)* Discúlpeme, yo no sé nada, no me fijo nunca en los clientes. *(A Isabelle.)* ¿Qué le sirvo, señora?

ISABELLE: ¿No ha venido Gilberto por aquí?

LAURA: No, no lo he visto, ¿va a tomar algo?

ISABELLE: Un café, ¿desde cuándo?

LAURA: ¡Huy, pues újole!, no sé... a veces dura sin venir muchos días, a veces viene diario, y hasta dos veces al día.

ISABELLE: ¿Pero cuándo fue la última vez que lo viste?

LAURA: Voy a ver si me acuerdo, ahorita le traigo el café.

ISABELLE: Mejor tráeme un té.

LAURA: De limón, negro o de manzanilla.

ISABELLE: De... no, mejor un refresco de frutas, tengo sed, ¿de qué tienes refrescos de frutas naturales?

LAURA: De piña, tamarindo, horchata y cebada.

ISABELLE: ¿No te has acordado cuándo fue la última vez?

LAURA: Déjeme ver...

ISABELLE: ¿De qué fruta le gusta a él el agua?

LAURA: Él siempre toma café.

ISABELLE: Tráeme, pues un café.

LAURA: Con permiso. *(Se aleja.)*

ISABELLE: *(Grita.)* Mejor una coca.

LAURA: *(Regresa.)* ¿Chica o grande?

ISABELLE: ¿Más de tres días?

LAURA: Sí, más de tres días.

ISABELLE: ¿Segura que no menos?

LAURA: Como cinco o seis, voy por su coca, no me dijo si chica o grande.

ISABELLE: *(Desconsolada.)* Cinco o seis. No, coca no, trae otra cosa y te la pagas de aquí, adiós. *(Se aleja.)*

LAURA: *(Al público.)* Ahorita que me acuerdo un día fue como desesperada a preguntarme que cuánto tiempo hacía que había visto a Gilberto y me pedía una cosa y me pedía otra cosa y yo le llené la mesa de cosas y ni me pagó, ah y a mí luego me regañaron por eso. Yo no sé nada.

ISABELLE: *(Regresa.)* Si viene por aquí dile que lo... dile que lo ando buscando, que regrese a casa, que lo espero; de verdad, ¿no ha venido?

LAURA: No.

ISABELLE: Dile que lo amo.

LAURA: Sí, señora. *(Al público.)* Que tenía tres días que no iba a dormir y que ni se había parado por la casa, ni por la escuela; que porque ella lo había corrido un día porque no quiso ir con ella a una fiesta; ¡ay!, yo no creo que lo corran a uno porque no quiere ir a las fiestas, a mí mi apá me andaba corriendo pero por andar en las fiestas. ¡Ay!, yo no me meto en la vida de los clientes; a mí no me gustaría que un día anduvieran investigando mi vida. ¡Ay!, pero si me mato con otro a la mejor sí, ¿no? ¡Ay, no!

SECUENCIA QUINTA: EN LA SALA

ISABELLE: *(Entra con unos libros.)* ¡Yil! ¡Yil! *(Se sienta en el sofá. Se levanta, arregla un florero, enciende una lámpara y se vuelve a sentar y abre un libro. Al poco se oyen risas contenidas que vienen de debajo del sofá, ella se asusta y se asoma, de allí salen Angélica y Gilberto.)* ¡Qué significa esto Gilberto!

GILBERTO: ¿Qué onda? Me tratas como mi mamá, no seas mi mamá por favor.

ISABELLE: No te comportes como un niño si no quieres que te trate como un niño. *(Muy molesta.)* ¿Qué falta de respeto es esto? ¿Qué se están pensando ustedes? ¿Qué estaban haciendo allí abajo? *(Histérica.)* ¡Me vas a hacer perder la cabeza, Gilberto, estas cosas no se hacen! ¿quién es esta mujer?

GILBERTO: *(A Isabelle. Muy calmado y tratando de calmarla.)* Respira un poco, respira un poco, respira, no te aceleres. Esta es mi amiga Angélica, compañero en la escuela, creo que ya te había hablado de él.

ANGÉLICA: *(Muy tímida.)* Mucho gusto señora...

ISABELLE: *(Furiosa. A Gilberto.)* ¡Qué amigo ni que nada! Tú estabas con esta amiguita debajo del sofá. Ya sabes que no me gusta que traigas gente a mi casa y menos cuando yo no estoy.

GILBERTO: *(Molesto.)* Ya sé que es tu casa, okey, ahí la vemos. *(A Angélica.)* Vámonos.

ISABELLE: Je m'en fout si tu t'en vas Yil; j'en ai marre de trucs pareils. Si tu vas tout le temps faire des conneries va-t-en chercher ailleurs une autre imbécile comme toi. D'ailleurs tu l'as peut être déjà trouvée: cette fille avec son air stupide. Salaud! Allez donc vous faire foutre!

ANGÉLICA: *(Sobre el parlamento de Isabelle. A Gilberto.)* ¡Ay tú qué dice!

GILBERTO: *(Sobre el parlamento de Isabelle. A Angélica)* Quién sabe pero está enojada.

ANGÉLICA: *(Sobre el parlamento de Isabelle a Gilberto.)* ¿Qué onda? Mejor me voy, ¿no?

GILBERTO: *(Sobre el parlamento de Isabelle a Angélica.)* No, espérate a que se calme, es buena onda.

ANGÉLICA: No, madres, mejor nos vemos mañana, ahí tú te las arreglas. *(A Isabelle.)* No estábamos haciendo nada malo, señora, y, pues, mucho gusto. *(Aparte, mientras se aleja.)* ¡Ay, pinche vieja pendeja!

ISABELLE: *(Sola con Gilberto.)* Estoy realmente muy molesta Yil, tenemos que hablar.

GILBERTO: Hoy no, estás muy exaltada, mejor mañana.

ISABELLE: Yil, una relación es cosa de dos, no de una sola persona. Si nos entendemos vamos a vivir juntos mucho tiempo, quizá toda la vida; pero si no nos entendemos tendremos que separarnos, ¿es correcto lo que digo?, es decir, ¿lo comprendes esto?

GILBERTO: Sí.

ISABELLE: Vamos a discutirlo como gentes sensatas. A mí me gusta vivir en armonía y no en el desorden emocional, me gusta saber qué onda con el compañero y tratar cada vez de limar las asperezas. Tú por ejemplo me has pedido que no beba alcohol en las reuniones por que no te gusta cómo me comporto cuando bebo, y desde que me lo pediste lo he cumplido, ¿no es así?

GILBERTO: Sí.

ISABELLE: Luego me pediste que dejara el cigarro porque tú lo habías dejado y no querías tener la tentación; lo dejé y tú has vuelto a fumar y yo no lo he hecho, porque tú me lo pediste. En cambio yo te he pedido que no fumes marihuana y sé que lo haces; te he pedido que no traigas gente a la casa y hoy vengo y me encuentro con esa imbécil que trajiste.

GILBERTO: Oye Isabelle...

ISABELLE: Momento, déjame que termine, luego tú me dices lo que piensas. Y no te lo he pedido porque sea una casa que yo rente, porque ni mía es, sino porque fue un acuerdo que tomamos, yo tampoco traigo a nadie: vino mi familia de Francia a verme y les dije que no podía recibirlos en casa y se alojaron en un hotel. Este es un lugar sólo para ti y para mí, ¿por qué te obstinas en romper nuestros pactos?

GILBERTO: Angélica, que es mi amigo, y que no es ningún imbécil, y yo llegamos unos minutos antes que tú, sólo vino a arreglar una cosa, no esperaba que tú llegaras, nunca estás a esta hora, pero como vi que dejaste el coche afuera, le dije que nos metiéramos debajo del sofá, que tú luego te irías; y la segunda vez que te sentaste se soltó un resorte y me picó las nalgas y mi amigo no aguantó la risa y a los dos nos dio mucha risa.

ISABELLE: *(Muy seria.)* ¡Ja! Debe ser muy chistoso quizá en otras circunstancias. Dos cosas: faltaste a nuestro pacto y otra, ¿qué es esa cosa que tenías que arreglar aquí con ella?

GILBERTO: Mañana te lo digo.

ISABELLE: Dímelo ahora Yil.

GILBERTO: *(Infantil.)* Mañana, Isabelle.

ISABELLE: Estoy muy molesta y eso me hace mucho mal, hay veces que no me puedo concentrar en las clases y creo que estoy diciendo sólo babosadas a mis alumnos y tú comprenderás que enseñar pedagogía con babosadas no va. ¿Qué tiene de malo que me lo digas hoy?

GILBERTO: Mañana, te lo voy a decir mañana; tiene que ver con el día de mañana que es tu cumpleaños. Tú sabes guardar secretos y yo también.

ISABELLE: Pero usted y yo, inventor de los pájaros negros del mar, somos cómplices. *(Se escucha el aria "Casta Diva". Muy cariñosa.)* ¿No eres mi cómplice?

GILBERTO: Sí pero también los cómplices se guardan secretos. *(Se acercan y se acarician.)*

SECUENCIA SEXTA: EN LA CAFETERÍA

ANGÉLICA: ¡Pinche vieja!

LAURA: *(Se acerca.)* ¿Qué le sirvo señorita?

ANGÉLICA: ¿Tiene malteadas?

LAURA: De fresa, chocolate y vainilla.

ANGÉLICA: Entonces deme un café.

LAURA: ¿Y la malteada?

ANGÉLICA: No, nomás me gusta saber que hay malteadas y que no las voy a pedir porque pongo a prueba mi fuerza de voluntad; engordan y además es sólo un producto que consumen los burgueses; por eso están tan cerdos y llenos de mierda por tomar malteadas, ¡guaca y guaca!

LAURA: ¡Ay! *(Se aleja horrorizada.)*

ANGÉLICA: *(Al público.)* Gilberto siempre fue el mismo antes y durante su relación con Isabelle; igual de despreocupado, solitario y meditabundo.

GILBERTO: Quiubo.

ANGÉLICA: ¡Pinche vieja! Quiubo.

GILBERTO: ¡Y ahora contra quién es? ¿La mesera?

ANGÉLICA: No buey, la maestra de botánica marina, ¿no viste la mamada que me hizo hoy en la clase?

GILBERTO: Yo no entré a esa clase hoy, pero ya me contaron. Que te puso en ridículo, ¿no?

ANGÉLICA: Pinche vieja amargada; a ésa no le queda más que estudiar mucho con esa puta cara horrorosa que tiene.

LAURA: *(Aparece con dos cafés. A Gilberto.)* Hola, tú.

GILBERTO: Yo no te pedí café.

LAURA: ¡Ay, no chingues, siempre tomas café!

GILBERTO: ¡Ah, mira Laura, esta es mi amiga Angélica!

LAURA: ¿Tu amiga Angélica?

ANGÉLICA: 'i.

GILBERTO: Y yo soy su amiga Gilberto.

LAURA: ¿Qué le digo?

GILBERTO: *(A Angélica.)* Dale la mano, buey, dile mucho gusto.

ANGÉLICA: Angélica, mucho gusto.

LAURA: *(Le da la mano.)* Bueno.

GILBERTO: ¿Y este pinche café qué? ¿Qué significa este café aquí Laurita?

LAURA: ¡Ay no me digas Laurita!

GILBERTO: Llévate pues el café, que es para los pobres; tráenos dos deliciosas malteadas de fresa, yo invito. *(Laura suelta la carcajada, se aleja. Gilberto se queda pensativo.)*

ANGÉLICA: ¡Pinche vieja!

GILBERTO: ¡Ah, sí, la maestra...!

ANGÉLICA: ¡No, esta mesera pendeja!

LAURA: *(Al público.)* Yo no sé nada de crímenes. A mí ni me pregunten nada porque ni sé cómo son las pistolas, ni los venenos, ni las agujas esas que me enseñaron. Si ellos decidieron matarse sus razones tendrían. ¡Ay, la gente se mata por celos, por locura, por pasiones! Una señora que vivía enfrente de mi casa mató al marido de puros celos por unos mitotes que llevó doña Chify y luego el marido se le apareció a la doña una noche y la jaló de las patas y la arrastró por toda la colonia hasta que la mató también y ahí anda la pobre de doña Chify como espirituada sin hablar con nadie, muda se quedó la chimolera después de andar de intrigante. Son casos de la vida real, como la revista esa que venden; yo allí he aprendido muchas cosas. Nada sé; yo sólo servía el café y casi ni hablaba con los clientes porque luego los patrones me regañaban. Su amigo Angélica es quien sabía todo porque siempre andaban para arriba y para abajo juntos; cuando él andaba con alguien, porque por lo general andaba solo.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Pues.

GILBERTO: *(A Angélica.)* No tengo amigos.

ANGÉLICA: *(Al público.)* No tenía amigos.

GILBERTO: Tengo ganas de viajar por todo el mundo.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Tenía ganas de viajar por todo el mundo.

GILBERTO: De conocer París.

ANGÉLICA: *(Al público.)* De conocer París.

GILBERTO: Me agüita tanta pinche miseria, no es justo que algunos no tengan para comer y otros traguen y traguen.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Él hablaba de que todos teníamos derecho a comer.

GILBERTO: Me jode este gobierno de caca, es desquiciante vivir entre tanta violencia; esta es la época más negra de nuestra historia: siempre se obra fuera de la ley, nos gobiernan los bandidos y hacen justicia los criminales.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Le gustaba mucho el estado de Sinaloa, decía que El Fuerte, Cosalá y El Rosario eran ciudades muy bonitas. Y le encantaba toda la costa, todo lo que oliera a mar, a playa.

GILBERTO: Tiene que haber una verdadera revolución Angélica, por las buenas no se puede cambiar nada.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Era buen estudiante. Leía poesía. Era muy sensible. Y nada violento.

GILBERTO: Amo a la Universidad.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Amaba a la Universidad. No sé qué más hay que decir, creo que lo he descrito tal y como lo conocí. No entiendo qué más hay que saber; si todo el mundo está de acuerdo en que fue una decisión de ellos.

Isabelle sentada en el mueble de la sala en bata de casa fuma, aparece Gilberto.

GILBERTO: *(Apagado.)* Hola.

ISABELLE: *(Seca.)* Que veux tu?

GILBERTO: *(Tímido, como disculpándose.)* Fui a caminar a la playa.

ISABELLE: *(Tratando siempre de contener la rabia.)* Je m'en fout, je m'en fiche, j'en ai marre: ras le bol. C'est fini; terminé Gilberto.

GILBERTO: Tú a veces no me entiendes, me gusta ser libre, no puedo vivir con ataduras, con compromisos, no quepo en una sociedad tan maniatada como ésta.

ISABELLE: Eh bien! mon petit garcon, il n'y a plus rien à faire pour toi; va-t-en!

GILBERTO: La verdad Isabelle, no tenía ganas de ir a la cena, ya más o menos te lo he dicho otras veces; me siento ridículo, ellos a lo mejor ni me aceptan del todo y tú les impones mi presencia; no tengo nada que hacer en tus fiestas. Ellos no desaprovechan la oportunidad de hacerme sentir torpe, o tonto, sobre todo tu ex marido. Son irónicos, insidiosos; todos, todos son iguales, tu amigo Carlos con el que viviste, tu amigo Eugenio con el que saliste un tiempo y Antonio con quien también tuviste algunas aventuras; no sé si tú entiendas lo que es estar allí en medio sin armas...

ISABELLE: Ah, la vache! Le petit enfant est jaloux! ou quoi, il est trop intelligent et il veut me faire sentir la grande pute? Merde!

GILBERTO: Estaba en la playa cuando vi venir desde la más honda oscuridad a los pájaros negros que venían volando, por un momento pensé que se arrancaban de la noche y que ellos hacían el misterio de lo que no sabemos y que al arrancarse de la noche abrirían huecos al día.

ISABELLE: *(Con enfado.)* Yil, j'en ai plus qu'assez! Je n'ai aucune envie de passer ma vie en train d'écouter toutes tes conneries.

GILBERTO: Quizá no lo entiendas, estaba triste, había un gran vacío en mí, tú nunca has podido ver los pájaros de la noche; hay cosas que nos suceden dentro y que no sabemos cómo explicar; y hay cosas que explicamos y que otros no quieren entender. Esos pájaros se alimentan de oscuridad y vuelan y vuelan noches enteras sin descansar para nada y un día vienen y descansan en una palmera frente al mercado viejo, son como los buitres del tiempo.

ISABELLE: Va-t-en, je t'en prie! laisse-moi tranquille; je veux dormir.

GILBERTO: Pensé que tú te estarías divirtiendo en la fiesta entre todos esos hombres que te conocen y que se sienten muy bien hablando contigo en extrañas claves, de lugares que yo no conozco, y de cosas que hiciste con ellos en algún tiempo atrás para que yo siempre quede excluido; nunca se habla del presente, ni del futuro y a todo le han puesto otros nombres para que yo no entienda. Pues bien, yo nunca he estado en Francia y no conozco el Barrio Latino, ni "bobur" ni la "plas de Bosch".

Quizá algún día conozca todo eso pero ahora estoy muy joven y ya sé que ustedes han vivido mucho y...

ISABELLE: *(Terriblemente irritada.)* Primero me dijiste puta y ahora me estás diciendo vieja, pues sí, si quieres soy una vieja puta y tú eres un niño pendejo.

GILBERTO: ¡Por fin que bueno que hables un poco de español para que podamos entendernos!

ISABELLE: ¡Es que de todas maneras no nos entendemos! Podemos hablar el mismo idioma pero no nos entendemos. Qué caso tiene que yo me esfuerce hablando una lengua que no me pertenece si de cualquier manera tú haces lo que quieres y te vas por tu lado con esos pájaros negros que no existen y te pones a inventar cuentos jalados de los pelos que, la verdad, cuando recién te conocí funcionaron como parte de tus encantos; pero ya no tienen validez porque se han desgastado, como nuestra amistad, como nuestro cariño, como se desgasta todo en el mundo, la vista, el sol y la paciencia, Gilberto. Pero tienes razón, no voy a imponerte más en las fiestas de mis amigos, ya no harás más el ridículo, porque de verdad que hacías el ridículo ¡y en qué forma! la gente no debe hacerse pasar por culta y ten la seguridad de que si te invité a vivir conmigo no fue precisamente para discutir filosofía, ni para hablar de la teoría de la relatividad.

GILBERTO: Tú también te has contaminado, te has vuelto igual de irónica y de amargada que ellos.

ISABELLE: ¡Qué sabes tú, pedazo de mierda, lo que a mí me pasa por dentro!

GILBERTO: Eso es lo que todos hacen: se destrozan, se insultan y se ridiculizan unos frente a los otros; das tú la espalda y se ríen de ti; pobre Isabelle, dicen, cada día más en su papel de mamá. Esa clase de vida no me gusta, me da asco.

ISABELLE: Pues no sé qué estás haciendo aquí todavía.

GILBERTO: Ya nada, sólo te digo una cosa: que todos los insidiosos, los de lenguas venenosas como ellos y como tú y como otros, tienen un mal aliento que molesta no al olfato; al alma.

ISABELLE: ¡Lárgate de mi casa, lárgate para siempre maldito y ojalá te mueras!

GILBERTO: ¡A la chingada! (*Escupe con asco el suelo.*)

ISABELLE: Déjame las llaves. (*Él las tira al suelo sin voltear y se aleja.*) Cuando quieras venir por tus cosas llama antes por teléfono. (*Se escucha el aria "Casta Diva".*)

SECUENCIA OCTAVA: EN EL AUTOBÚS

LAURA: ¿Qué?

ANGÉLICA: Nada. (*Pausa.*)

LAURA: ¡Ah! (*Pausa.*)

ANGÉLICA: Vinieron de su casa y se lo llevaron, ni siquiera sé dónde va a quedar para un día ir a ponerle flores.

LAURA: Qué mala onda. (*Pausa.*)

ANGÉLICA: He pasado por el café y no te he mirado.

LAURA: Muchas veces no voy, he estado con sobresaltos. Se me figura que a cada rato llega y se sienta. Y luego la policía... ay, yo les dije que no sabía nada y que no sabía nada y de allí no me sacaron.

ANGÉLICA: Pues a mí me dijeron que tú les contaste que Isabelle estaba loca, que a los días que lo corrió de su casa fue a buscarte y que tú les dijiste que siempre la habías visto como trastornada.

LAURA: Bueno, ni modo que no les dijera nada, luego me iban a sacar retratada en *El Ancla* y pues ¿cómo iban a decir que no sabía nada?

ANGÉLICA: (*Muy triste.*) Yo sí he contado muchas cosas de Gilberto, pero he hablado más conmigo misma y con el mar y con la arena.

LAURA: ¡Ay, sabes qué! Tiré al mar el collar que me había regalado ella.

ANGÉLICA: ¡Qué tonta!

LAURA: Me da miedo traer cosas que sean de los muertos, ¡ay, no!, y si a lo mejor inventaban los policías que yo se lo había robado con tal de echarme a la cárcel, ya ves que aquí no echaron a nadie.

ANGÉLICA: No había culpables.

LAURA: ¡Ay!, pero tú no conoces a los policías lo sinvergüenzas que son nomás con tal de ver qué te sacan; no ves que uno que me llevaba me dijo: “Bésame morena y no te va a pasar nada”.

ANGÉLICA: ¿Y lo besaste?

LAURA: Como nadie nos veía y tenía miedo que me pasara algo.

ANGÉLICA: Tonta.

LAURA: Una no nace enseñada, ay, además el beso aguado que le di ¡fuchi! ¡Ay, ya me pasé de la casa!

ANGÉLICA: Pues bájate pendeja.

LAURA: Mejor voy a esperar que el camión de la vuelta y de regreso me bajo para seguir platicando. Tú, ¿a dónde vas?

ANGÉLICA: A la escuela.

LAURA: Qué tal las clases.

ANGÉLICA: Voy, me siento, pero sólo miro por la ventana el mar, las olas y los barcos que pasan y se me figura que en alguno de esos barcos va Gilberto y le digo: “Adiós Gilberto, adiós y buen viaje”.

LAURA: A Isabelle la incineraron.

ANGÉLICA: Tú sabes muchas cosas.

LAURA: La gente cuenta y cuenta, mira no hallan qué hacer con las palabras; se les hinchan los buchis de hablar tanto y no se cansan; n’hombre y cuando pasa algo a todo el mundo se le salen los ojos por ver lo que pasa.

ANGÉLICA: Así es.

LAURA: Que desde Francia dijeron que la quemaran y que mandaran las cenizas en un sobre blanco.

ANGÉLICA: A lo mejor el sobre se va con Gilberto en el mismo barco.

LAURA: ¡Ay, no!, quién sabe qué pendejadas estás diciendo, ya me dio miedo, mejor aquí me bajo.

SECUENCIA NOVENA: EN EL MALECÓN DE OLAS ALTAS

GILBERTO: *(Le chifla a Angélica. Se acerca a ella.)* ¿Qué onda, buey?

ANGÉLICA: ¿Qué onda, no vas a clases?

GILBERTO: No, ahora no tengo ganas.

ANGÉLICA: ¿Y eso? Nunca faltas.

GILBERTO: Estoy muy decepcionado de la Universidad, también allí se da una constante lucha por el poder y las clases que se vayan a la chingada, es la misma corrupción que hay en el Estado, el mismo marasmo, la misma cagada. Ya no voy a estudiar.

ANGÉLICA: No buey, si no te convence la carrera cámbiate de escuela.

GILBERTO: En todas las escuelas es lo mismo, y en todas las Universidades: la UNAM, el Poli. Me voy a hacer pescador.

ANGÉLICA: ¡La madre! ¿Pescador, buey?

GILBERTO: Me voy a comprar mi lancha y me voy a ir a pescar solo y vendré con mi lancha llena de pescados; brincoteando todos y yo cuidando de que no se caigan otra vez al agua.

ANGÉLICA: Y llegas con tu lancha llena a la playa y llega la cooperativa, te los recoge todos y te da en la madre.

GILBERTO: ¡Entonces, me voy a hacer campesino!

ANGÉLICA: ¡Ah, ya sé, buey! Me estás carneando.

GILBERTO: No, Angélica, es la neta. Me voy a hacer campesino y voy a tener un campo sembrado de girasoles y de cártamo que dará mucho aceite; y voy a sembrar también hortalizas y árboles frutales y voy a vivir muy tranquilo y feliz.

ANGÉLICA: ¿Tú crees que hay campesinos felices?, son los más jodidos y siempre los están chingando. *(Pausa.)*

GILBERTO: Creo que ya no queda lugar para mí en el mundo, un día de estos voy a suicidarme.

ANGÉLICA: ¡Ay, no mames!

GILBERTO: *(Muy vital.)* ¡Qué loquera! es chingona la vida y como hay tantas cosas malas nosotros podemos hacer otras cosas buenas.

ANGÉLICA: ¡Cabrón loco!

GILBERTO: ¡Vámonos, pues, a clases!

SECUENCIA DÉCIMA: EN LA CAFETERÍA

ISABELLE: *(De pie, cerca de una mesa.)* ¿Qué onda Yil? Acaba de llegar, ¿no?

GILBERTO: *(Más retirado de ella, viendo hacia el mar.)* ¡Qué loquera! Estaba viendo allá a lo lejos, ¿ves aquel barquito blanco?

ISABELLE: ¿Aquella cosa blanca?

GILBERTO: Sí, ésa, es un barco que me sigue siempre y a veces lo veo y al rato desaparece, pero como que todo el tiempo me anda vigilando desde el mar.

LAURA: ¿Qué van a tomar?
ISABELLE: Dos cafés, el mío con crema.
GILBERTO: Y unos cigarros.
ISABELLE: ¿Cigarros? (*Gilberto asiente. A él.*) ¿Vas a volver a fumar?
GILBERTO: Nomás dos días. Es que el barco empezó a echar humo y me dieron ganas.
LAURA: ¿Cuál barco?
ISABELLE: Aquel que está allá.
LAURA: Yo no miro nada.
GILBERTO: Es que estás muy chaparra, súbete a la silla para que alcances a ver bien.
LAURA: (*Se sube.*) Pues no miro nada. (*Se baja rápidamente.*) Ay me va a regañar Doñita por culpa de ustedes.
GILBERTO: Es que estás ciega.
LAURA: ¿De cuáles cigarros?
GILBERTO: Ya sabes.
LAURA: (*A Isabelle.*) Señora, la felicito, trae un collar muy bonito.
ISABELLE: Gracias, qué bueno que te fijes en él, no toda la gente lo hace.
LAURA: Muy, muy bonito, ¿de dónde es?
ISABELLE: De Francia, lo compré allá hace muchos años; a mí también me gusta mucho y por eso voy a regalártelo.
LAURA: ¡Ay, de veras! ¡Ay, no, señora, me da pena!
ISABELLE: Lo hago con mucho gusto; aunque yo te conozco poco sé que eres amiga de Yil.
LAURA: ¡Ay, no! Yo conozco a ningún Yil, señora.
GILBERTO: (*A Laura.*) Yo soy Yil, buey.
LAURA: (*Toma el collar que le ofrece Isabelle. A Gilberto.*) A mí no me digas buey, eso díselo a tu amigo Angélica.
GILBERTO: (*Sonriente.*) Mensa.
LAURA: (*A Isabelle.*) Gracias, señora.
ISABELLE: En Francia, cuando se hace un regalo hay la costumbre de agradecerlo con dos besos. (*Se besan.*)
LAURA: Gracias, voy por el café. (*Se retira.*)
GILBERTO: Zafada.
ISABELLE: Sí, esta chica, ¿verdad...?
GILBERTO: Tú, porque andas regalando las cosas que más te gustan.
ISABELLE: Y mira, no hay que ser posesivo de las cosas ni de las gentes; hay que saber que todo tiene un fin, todo se acaba. Por otra parte, el dar es un verdadero placer. Y mira, un día en Veracruz caminaba yo sola por el centro histórico y por una de esas plazas me alcanzó un niño sucio, con la camisa rota, con apariencia de ladrón, parecía tener unos, no sé, ocho o nueve años; empezó a hablar conmigo y comenzó a contarme su vida, aún no sé por qué lo escuché. Este chico me siguió por todos lados y aunque impuse una marcada distancia entre él y yo, caminé gran parte de la ciudad con ese pequeño guardián que cuidaba mis pasos. Finalmente decidí ir a descansar al hotel en el que me había hospedado, y allí nos despedimos en la puerta y yo subí a descansar a mi cuarto. Leí, dormí un poco, tomé una ducha y por la tarde al salir de nuevo encontré otra vez al niño que me estaba esperando y él muy amable me preguntó que si podía acompañarme; yo le dije que

estaba bien, aunque en el fondo me molestaba un poco porque me sentía como vigilada o algo así; pero nos entendimos bien y en realidad el chico era simpático. Luego lo invité a cenar algo conmigo, y cenamos, él pidió cerveza en vaso y se le veía que el estar allí lo hacía sentir como importante entre sus amiguitos los vendedores de chicles y boletos que lo miraban con asombro. Muy cortés me preguntó que cuándo me regresaba a México y le dije que al día siguiente en el tren a las ocho de la mañana. Por cierto que casi pierdo el tren porque desperté un poco tarde; llego a la estación del ferrocarril, entro casi corriendo y lo primero que veo allí es al niño que me estaba esperando con ansiedad, desesperado. Cuando lo vi confieso que me irritó un poco, ¡ya era demasiado! Pero luego corrió hacia mí y me dijo: “ya es tarde, tenía miedo de que te hubieras ido sin despedirte”. Luego me ofreció una bolsa. “Ten”, me dijo, “son jaibas, las compré con mis ahorros y me pasé la noche cociéndolas porque sé que te gustan”, entonces me acerqué a él, ya no había distancia. Y siempre que me acuerdo de esto pienso que en Veracruz hay un pequeño guardián que me está esperando.

GILBERTO: *(Muy emocionado.)* ¡Qué chingón! ¡Qué chingonería, carajo!

ISABELLE: Así es. *(Como si viviera sobre las olas la voz de María Callas; se le escucha que canta el aria “Casta Diva” de la ópera Norma, o como si el viento trajera un momento la voz y se la llevara luego.)*

GILBERTO: *(Grita.)* ¿Qué onda con ese café, Laura?

ISABELLE: ¡Ay, ya no está tu barco Yil!

GILBERTO: Te digo que no sé qué es lo que pasa. De pronto lo veo cerca con su chimenea alta y me le quedo viendo horas y horas; en una pequeña distracción desaparece pero nunca veo que se vaya.

ISABELLE: ¡Qué raro!

LAURA: *(Trae el café.)* ¡Ay, todas me estaban viendo el collar y no me dejaban! “Un collar para perros les voy a comprar a todas”, dijo Doñita cuando me gritaste. *(Empieza a dejar el café, azúcar y cigarros.)*

GILBERTO: *(A Isabelle.)* Te quiero un chingo, Isabelle; estoy muy a gusto siempre que nos vemos, me gustaría poder dejar todo para irme a vivir contigo a cualquier parte.

ISABELLE: ¡Esto sí que me sorprende! ¡Qué curioso, eso venía a proponerte!

GILBERTO: *(Encantado.)* ¿De veras?

ISABELLE: ¿Cuándo te vas?

GILBERTO: Ahorita mismo si quieres, luego me llevo mis cosas.

ISABELLE: *(Fascinada.)* ¡Qué chingón!

GILBERTO: ¡Qué loquera, carajo!

LAURA: *(Muy extrañada.)* Oigan, oigan, oigan; yo no me meto con lo que hablan los clientes, pero ustedes son conocidos, como de la familia le digo a Doñita cuando llegan, pero esa conversación de que ahorita se van a vivir juntos se las he escuchado tres o cuatro veces y sé además que viven juntos desde hace meses. O yo ando mal, *(de la cabeza)* o ustedes no están completos.

GILBERTO: Pues tú andas mal, porque nosotros, juntos, ya estamos completos.

LAURA: *(Al público.)* Cuando supe que se habían matado no me sorprendió así como cuando lo sacan a uno de onda; sino que me dejó como una marca, como si me faltara algo que nunca me había dado cuenta que tenía; en realidad no eran mis amigos, pero si no los veía los extrañaba. ¡Ay, no, si así es el amor qué esperancitas que yo vaya a enamorarme! Se adoraban, se odiaban, dejaban días de verse y cada uno por su lado

sufriendo, buscándose y sin querer encontrarse. ¡Ay, no, Dios me libre a mí de andar yo haciendo esos papeles en la calle! Mejor ni digo nada, no vaya a ser que Dios me castigue y al rato yo... ay, no, las sagradas escrituras me amparen.

SECUENCIA DECIMOPRIMERA: EN LA CAFETERÍA

ANGÉLICA: (*Tristísima.*) Laura, ¿ya sabes?

LAURA: ¿Qué?

ANGÉLICA: ¿No te han dicho?

LAURA: No, ¿qué?

ANGÉLICA: Lo de Gilberto.

LAURA: No, no me han dicho nada, ¿qué le pasa?

ANGÉLICA: ¡A la chingada! (*Se deja caer sobre la silla y se queda llorando.*)

SECUENCIA DECIMOSEGUNDA: EN LA SALA DE LA CASA

GILBERTO: Ahorita regresamos.

ISABELLE: No, no es posible, ya es muy tarde.

GILBERTO: Qué te cuesta.

ISABELLE: Y, mira, me cuesta que necesito preparar mis clases para mañana; la pedagogía es algo que está cambiando, no es como la historia o la biología marina o las matemáticas que ya están allí.

GILBERTO: Estoy seguro de que ahora sí van a estar.

ISABELLE: Mira Gilberto, ya me has hecho ir otras muchas veces y nunca hemos visto nada, yo he pasado otras tantas sola y jamás he visto un solo pájaro en ese árbol. Yo lo he entendido todo como un invento tuyo a partir de la mariguana.

GILBERTO: ¡Otra vez la mula al cerco! ¿Qué onda con la mariguana? Es mi pedo, ya te lo he dicho.

ISABELLE: No soy para nada una mujer que se asuste con eso, no, para nada; pero te quiero decir que lo que más me gusta son tus ojos y que mantengo contigo un lenguaje de miradas; y de ese ver tranquilo y cálido que tienes, a esa mirada desquiciada e hilarante que te da la mariguana hay una diferencia como de la miel a lo que produce una quemada; no me gusta verte así, me enfada.

GILBERTO: Piensas igual que mi mamá.

ISABELLE: (*Irritada.*) No pienso igual que tu mamá, también ya te lo he dicho hasta el cansancio y no continúes agrediéndome con eso de tu mamá porque ya estoy harta.

GILBERTO: Te hartas de cualquier cosa, no te gustan mis ideas, quieres tratarme como un niño, como un objeto y luego no quieres que te diga nada.

ISABELLE: No, no es verdad, te trato como a un compañero.

GILBERTO: Mientes, no jalas conmigo para nada, siempre estás cansada, me voy a regresar mejor a la casa de estudiantes donde vivía, yo necesito convivir con gente de mi edad, gente que todavía tenga vida y que no sea tan aguada.

ISABELLE: ¡Lárgate, ya espece de salaud! Merde! Vas-y et foutmoi la paix! Vete con tus amigos y llévate tus porquerías de discos que también ya me tienen harta. *(Quiere alcanzar los discos, pero se tropieza y cae aparatosamente y empieza a ganarles la risa a ambos, y mientras se escucha el aria "Casta Diva", se reconcilian, juegan y se reparan.)* ¡Ay, que chingue a su madre la pedagogía, vamos a ver si están los pájaros!

SECUENCIA DECIMOTERCERA: EN LA CASA DE ANGÉLICA

ANGÉLICA: *(Al público.)* Una semana después Isabelle vio los pájaros; esto, por supuesto, no lo dije a la policía; ellos no entienden de presagios. Llegó aterrorizada a buscarme.

ISABELLE: *(Grita.)* ¡Angélica, Angélica!

ANGÉLICA: *(Al público.)* Realmente me sorprendió mucho que viniera a buscarme; casi nunca había hablado con ella y quedaba el recuerdo del día que le llevamos la bicicleta y que nos sorprendió debajo del mueble; después, apenas si me saludaba.

ISABELLE: *(Se acerca.)* Angélica, qué bueno que te he encontrado, ¡qué bueno! *(La abraza y la ahoga el llanto.)* Entré de carrera, ni saludé, discúlpame, ahora te explico, quiero que vengas conmigo a la casa.

ANGÉLICA: ¡A tu casa! ¡A tu casa!

ISABELLE: Ha pasado algo terrible, vamos.

ANGÉLICA: ¿Y quieres que yo vaya?

ISABELLE: Es muy importante.

ANGÉLICA: ¿Qué pasa?

ISABELLE: Ayer por la tarde vi los pájaros.

ANGÉLICA: ¿Qué pájaros?

ISABELLE: *(Sorprendida.)* ¿No te ha contado Gilberto de los pájaros?

ANGÉLICA: No, nada.

ISABELLE: Qué raro.

ANGÉLICA: ¿Qué pájaros?

ISABELLE: Unos pájaros negros que vienen del mar, del fondo de la noche, que no duermen y que el verlos produce vértigo...

ANGÉLICA: ¡Ay, no entiendo nada! *(Al público.)* Le dije y en verdad a mí Gilberto nunca me contó nada de eso. Me hablaba de una barca que él creía ver pero cuando me la enseñaba yo nunca alcancé a verla y como era tan fantasioso siempre lo tomé como que él lo inventaba. Tengo la impresión de que Gilberto no aprendió las cosas estudiando sino que las soñaba.

ISABELLE: Que llegan a la palmera de dátiles que está frente al mercado viejo.

ANGÉLICA: De verdad, Isabelle, Gilberto nunca me ha hablado de pájaros negros. *(Al público.)* Y fue entonces cuando empezó a transformarse en un ser extraño que daba

miedo; era una Isabelle que nunca antes había visto y que no imaginaba que trajera dentro.

ISABELLE: Hay una palmera alta, frente al mercado viejo, sola, abandonada por todos los demás árboles y por todas las plantas del Universo. Tiene unas hojas largas desordenadas, quizá estériles, como si hubieran sido desparramadas en el viento y en el tronco hay muchos pedazos de tallos de otras hojas que ya se cayeron y quedaron unos... una especie de triángulos secos; y allí, acomodados unos sobre otros y luego trepados sobre las hojas, estaban miles de horrendos pájaros negros. No se veía para nada el tronco, todo era un hervidero de cabezas, de picos, de alas y plumas negras; como gusanos sobre un animal muerto, y como si el único lugar en que pudieran acomodarse de todos los árboles del puerto fuera esa palmera, esa especie de adefesio. Los vi y me quedé petrificada. *(Con una voz gutural como de sapo.)* “Rick, rick, rick, rick”. Sentí que me miraban todos. “Rick, rick”, aullaban, aleteaban, “Rick, rick” y me vi precipitada al miedo, no osaba moverme en nada. Luego, tal parece que una voz que venía del mar los llamó y se fueron todos volando, tuve la impresión de que era una columna de humo; parecía que el árbol se estuviera quemando.

ANGÉLICA: *(Al público.)* Nada de esto conté a la policía.

ISABELLE: Cuando llegué a la casa traía la garganta y la cara agrietadas, me había convertido en una mujer de barro y me había resquebrajado. Durante ese largo y penoso trayecto del árbol a la casa comprendí que mi relación con Gilberto estaba enferma de muerte y que sólo la animaban unos pájaros que eran más bien unos espectros del silencio o del espanto. “Rick, rick, rick”, comenzaban a crujir las sombras y las lámparas apagadas: “rick, rick”, y yo a encender fuegos, a prender luces, ventiladores, música, para olvidar a los pájaros del miedo.

ANGÉLICA: Nada de esto conté a la policía, la verdad es peligrosa; es mejor siempre el silencio.

ISABELLE: Anoche fuimos Gilberto y yo a una fiesta que se ofrecía a un maestro y yo tenía que hacer una crítica a uno de los nuevos libros de pedagogía conductista; y mientras yo hablaba él se fue con unas niñas al jardín y se perdió por allá por entre las ramas de las azaleas, y no sé qué hacían, pero de vez en cuando oía sus estentóreas carcajadas y yo tenía que hablar, tenía quizá que decir cosas interesantes y no pensaba, lo imaginaba con sus ojos infectados por la mariguana; sentí que yo hacía el peor de los ridículos, todos estaban atentos pero yo no estaba presente, estaba allá, espiándolo entre las azaleas, sudaba, odiaba a todos, quería correr a matarlo: ha echado a perder mi tranquilidad, mi frescura, mi vida. La fiesta fue una pesadilla. Regresamos. Gilberto hablaba y hablaba y yo sólo escuchaba el: “Rick, rick, rick” insistente de los pájaros. Durmió narcotizado: le clavé una aguja larga aquí, *(en el corazón)* para que no ande riéndose entre las azaleas. Lo hice apenas. Vamos a la casa para que lo veas.

ANGÉLICA: *(Al público.)* De esto nadie supo nada, nadie: nada. *(A Isabelle.)* Vamos.

SECUENCIA DECIMOCUARTA: EN LA CAFETERÍA

ANGÉLICA: *(Apagada.)* Isabel mató a Gilberto.

LAURA: Ya me lo has contado muchas veces.

ANGÉLICA: Hay una historia de pájaros.

LAURA: También ya me lo has dicho antes.

ANGÉLICA: Mató a Gilberto, ella también quería morir, ¿no es cierto?

LAURA: Muy cierto.

ANGÉLICA: No me lo puedo quitar de la cabeza todo esto.

LAURA: Vete de la ciudad unos días.

ANGÉLICA: Siempre que pasa un barco le digo adiós a Gilberto. *(Se pone a decir adiós con la mano.)*

LAURA: *(Al público.)* Yo de todo esto sé muchas cosas, pero a la policía nunca le dije nada que no fueran inventos y babosadas. Fue Angélica quien mató a Isabel, me lo ha dicho de mil maneras oscuras y claras, luego anduvo caminando toda la noche por la playa, todas las noches lo hace. A la policía no le dije nada, en este país no hay una idea clara de la justicia, actualmente vivimos en el peor de los desórdenes y finalmente, hablando de justicia, en este caso, la justicia, ¿dónde estaba?

ANGÉLICA: *(Sentada llora.)* Se está poniendo el sol. *(Laura también llora.)*

LAURA: Sí, ya se está poniendo.

ANGÉLICA: El clima. Poco a poco cambia.

LAURA: Por las tardes empieza a refrescar.

ANGÉLICA: Ahora, de aquí en adelante, las noches serán más largas.

SECUENCIA DECIMOQUINTA: EN EL CONFÍN DEL UNIVERSO

Se escucha la canción "Toi, tu que t'en vas" que canta Nana Mouskoury y que es una versión moderna del aria "Casta Diva". Mientras esto sucede, Angélica, sentada frente al público en el café, llora. Laura llora también, y por el fondo una inmensa bandada de pájaros negros arrastra un barco blanco en el que viajan Isabel y Gilberto al eterno amoroso descanso. El sol se pone, cae la noche y el telón del tiempo.

